
PRESENTACION

E. DURKHEIM

Alemania por encima de todo

(París, Armand Colin, 1915)

Se ha insistido en múltiples ocasiones sobre el impacto decisivo que la guerra de 1914 ejerció sobre el pensamiento social occidental. Fue tal que, sin exageración, se ha hablado de una reorientación total del mismo. Recuérdese, por ejemplo, la estupefacción con que una parte buena del marxismo hubo de ver cómo buena parte de las organizaciones y partidos inspiradas en *El Capital* olvidaban la solidaridad de clase y el internacionalismo proletario que la teoría les atribuía y parecían moverse mucho más a gusto en el nacionalismo, valor que, también según la teoría, era propio de la burguesía.

Por otra parte, las suposiciones, ampliamente extendidas en los ámbitos intelectuales progresistas franceses, sobre una moralización progresiva de la vida pública, sobre un creciente respeto a los derechos del individuo y del género humano, se derrumbaron estrepitosamente ante la crueldad de una lucha que enfrentaba a muerte a los ciudadanos de la Vieja Europa. Las generosas especulaciones sobre el futuro razonable y pacífico de la Humanidad, que tan frecuentes eran años antes, bien pronto se trocaron en pasmo y en un abrazar la solución nacionalista. Así, resultaba de pronto que el Zar Nicolás II era alguien «muy amado por su pueblo» y que «al frente de sus soldados, cuya bravura admira toda Europa, puede estar seguro de la victoria final»; que «nuestros hermanos marroquíes aman a Francia y lo prueban cada día en el campo de batalla con una bravura, resistencia y ánimo que son la admiración

de todos»; que los ingleses, los *Tommies*, heridos, «sólo aceptan la evacuación a Inglaterra con la firme idea de volver al campo de batalla lo antes posible»; que «el soldado francés ríe siempre. Comenzó a reír el día en que fue movilizado. La risa en la trinchera es una risa maravillosa, excepcional. Apacigua el hambre y calma la sed». Como se ve, escasas diferencias con respecto a un ambiente popular que tenía como favorita una canción que, con la música de la célebre *Auprés de ma blonde*, arrancaba entonando esta copla:

*Pour chasser les barbares
Qui veulent entrer chez nous
Pour chasser les barbares
Français sans peur debout.*

Y terminaba con estos dos versos dedicados a la suerte destinada al Kaiser:

*Et pour que rien ne se perde,
On le flanquera dans la merde¹.*

Pues bien, en tal contexto, el ciudadano Durkheim y el sociólogo Durkheim se vieron también seriamente afectados por las circunstancias.

De un lado, porque los campos de batalla se tragarón a buena parte de escuela tan trabajosamente aglutinada en torno a *L'année Sociologique*: de hecho, quedó desintegrada. Su único hijo, André, una de las más firmes esperanzas del grupo, murió en el frente de Salónica: Steven Lukes, en su magnífica biografía², se ha extendido, con la necesaria erudición y comprensión, sobre la amargura que todo ello le produjo a Durkheim y el titánico esfuerzo de voluntad con que quiso superar el trance.

De otro, porque la guerra fue un terrible banco de pruebas para su discurso sociológico. En otro lugar³ he analizado la teoría durkheimiana del Estado, y no creo que sea éste momento para reproducir lo que allí está dicho. Pero sí quisiera referirme a un par de extremos.

El primero es que el Estado no sólo no es algo marginal en el discurso durkheimiano, sino que toda su concepción sobre la sociedad moderna queda enteramente coja si se prescinde de él. No es infrecuente la repetición académica, más bien ritual, de que ni el Estado, ni el conflicto, ni el cambio social ocupan gran espacio en la obra durkheimiana, que sólo el Durkheim joven, y más bien de pasada, se ocupó de tales asuntos. Lo cual difícilmente se compeadece con el hecho de que, aun en el curso académico de 1912-1913, Durkheim volviese a repetir sus *Leçons de sociologie*, que es precisamente donde

¹ Todas estas citas están extraídas del *Preface* de Pierre Boileau a la reedición de los números correspondientes a 1913-1917 de un tebeo muy popular en la Francia de la época; *Les pieds-nickelés*, París, Editions Azur, 1966.

² *Emile Durkheim. Su vida y su obra. Estudio histórico-crítico*, Madrid, CIS, 1984.

³ *Para una lectura crítica de Durkheim*, Madrid, Akal, 1978.

ha de encontrarse el grueso de su teoría del Estado, y con el de que, según prueban los textos menores suyos, tales como artículos breves, reseñas, discusiones académicas recientemente editadas, hasta el final de su vida se ocupó de temas tales como nacionalismo e internacionalismo, función social de los intelectuales, lucha de clases, etc. Dicho en pocas palabras, que en Durkheim hay una teoría del Estado, como la hay del conflicto y del cambio social, sólo que ha de quererse buscarla, y que la negativa a buscarla implica olvidar un cimiento esencial de la sociología durkheimiana: encontrar desde la sociología, elevada al rango de ciencia, las soluciones capaces de corregir la crisis política, económica e ideológica que Durkheim descubrió en la sociedad en que estaba inserto; se trata, pues, de un proyecto rigurosamente político, sin el cual se escapa buena parte de la obra de Durkheim.

El segundo se refiere a las limitaciones de la teoría durkheimiana del Estado, puestas de manifiesto por los acontecimientos bélicos de manera tan urgente como brutal. En efecto, según Durkheim, y no quisiera con ello simplificar en exceso, las características básicas del Estado son las siguientes:

A) El Estado es un órgano social producto de la evolución social y, como tal, no es en nada superior a la sociedad: su poder lo recibe de ésta (es quien lo ha generado), y de ninguna manera puede entonces ser pensado como una instancia «superior» capaz de «racionalizarla».

B) Como órgano social, el Estado tiene sobre todo una función fundamental: deliberar sobre deseos y aspiraciones existentes en la conciencia colectiva a fin de clarificarlas y precisarlas, tomando a continuación las medidas pertinentes para su realización. No se trata, pues, de crear desde la nada, ni de un simple reflejar. El Estado trabaja sobre algo que ya existe e innova a partir de ello: es decir, Durkheim discute tanto la que llamaba «concepción mística del Estado», de corte más o menos hegeliano, como la interpretación de la voluntad general roussoniana, que concibe al órgano estatal como un simple reflejo de lo que la sociedad demanda. También, y en contraposición a su contemporáneo Max Weber, su definición del Estado suprime la violencia, la posibilidad de utilizar la violencia, como rasgo diferenciador y fundamental del Estado con respecto a cualquier otra institución social.

C) Si esto es así, el problema fundamental del Estado es un problema de comunicación: ¿existe o no contacto fluido permanente y bilateral entre el Estado y la conciencia colectiva? Si no hay comunicación o si es discontinua, el Estado no puede cumplir con su función y la sociedad entera sufre, oscilando entre el desinterés (la acción del Estado se reduce a conspiraciones de camarilla entre profesionales de la política) y la anarquía (el Estado es algo lo suficientemente alejado de la vida cotidiana como para tener como únicas actitudes con respecto a él el temor o el deseo de destruirlo).

D) Esa forma de concebir las relaciones entre Estado y sociedad produce, a su vez, que el Estado haya de ocuparse forzosamente del problema de la democracia. Demócrata será aquel Estado que se comunique con la sociedad de manera satisfactoria —y, además, como sólo cuando hay comunicación desarrolla eficazmente el Estado su misión, el Estado y la sociedad vienen obligados a que exista democracia.

Provisto de tal arsenal teórico, es bien comprensible que 1914 representase para él, también, un choque intelectual brutal. Nada de lo que la teoría preveía podía suministrar explicación a los hechos. Marcel Mauss (¿y quién más próximo que el sobrino a quien ya *Le Suicide* debía tanto?) nos ha dejado su testimonio sobre ello: cuando Durkheim muere (1917) estaba trabajando en una *Morale* en la que, entre otras cosas, «quería corregir varios extremos de su teoría del Estado, como consecuencia de la impresión que le había causado el estudio de las tesis alemanas, y en particular las tesis de Treitschke»⁴.

El interés del texto que a continuación se reproduce radica justamente en que es el más amplio esbozo que poseemos de tal corrección. Procede en él Durkheim a una suerte de resumen de su concepción del Estado y a una comparación de ella con las tesis de Treitschke: las diferencias, que él mismo se encarga de subrayar, son abismales —y a partir de ellas se entiende fácilmente esa impresión a que Mauss se ha referido—. Que este texto forma parte de la guerra (en definitiva, forma parte de la lucha ideológica) es indudable, pero su lectura puede realizarse también buscando no sólo la posición política en el conflicto del ciudadano Durkheim, sino también cómo el sociólogo reflexiona sobre su propio discurso científico.

Hay que señalar, asimismo, que no fue el único escrito durkheimiano de una cierta extensión sobre la guerra. En el mismo año (1915) en que apareció el presente publicó otro (y en colaboración con H. Denis) que llevaba el siguiente título: *Qui a voulu la guerre? Les origines de la guerre d'après les documents diplomatiques*. Su objeto es analizar los textos publicados por los gobiernos de los países en guerra⁵, intentando probar que la tesis contenida en el Libro alemán (que era a Rusia a quien incumbía la responsabilidad del desencadenamiento de la guerra) era falsa y que fue la voluntad alemana la responsable de todo. Su interés es mucho menor que el del presente, o, más exactamente, su interés brota sólo de que ilustra convenientemente sobre la posición de Durkheim en el frente de batalla ideológico.

Asimismo, y en idéntica dirección al anterior, publicó en 1916, y en la

⁴ *Oeuvres*, París, Minuit, 1968, vol. III, pág. 476.

⁵ Alemania (Libro blanco), Francia (Libro amarillo), Bélgica (Libro gris), Inglaterra (Correspondencia del Gobierno británico acerca de la guerra). Para una descripción del contenido de ellos, véase Pierre RENOUVIN, *Historia de las Relaciones Internacionales*, Madrid, Aguilar, 1969, tomo II, vol. I, pp. 611 a 628. Sobre este tema remito al último capítulo de mi libro ya citado.

serie colectiva *Lettres a tous les français*, los siguientes textos: *Patience, effort; confiance; Les aliés d'Allemagne en Orient, Turquie, Bulgarie; Les forces italiannes —La Belgique, La Servie, Le Montenegro; Les forces françaises.*

Es conveniente advertir también que nada de todo ello libró a Durkheim de ataques. El haber nacido en Lorena, llevar un apellido alemán y ser judío bastó para que en dos ocasiones fuese acusado de ser agente alemán. En su número de 19 de junio de 1916, *Libre Parole* le tacha de «boche al servicio del Kriegsministerium». El segundo ataque fue protagonizado por el senador Gaudin de Vilaine, que, hablando en el Senado, solicitó que se revisase el permiso de residencia de «los franceses de origen extranjero, como Durkheim, profesor de la Sorbona, y representante sin duda, o eso al menos se ha dicho, del Kriegsministerium alemán». Que la reacción en favor de Durkheim fuese tan fuerte que obligó a la retracción pública del senador no impide la valoración de las acusaciones como bien expresivas del clima a la sazón creado en Francia.

Una última aclaración con respecto a las páginas que siguen. Formaban parte de una colección titulada *Estudios y documentos acerca de la guerra*. El comité de publicación de la misma estaba presidido por Ernest Lavisse, como secretario actuaba el propio Durkheim, y sus vocales eran los siguientes, todos ellos intelectuales bien conocidos: Charles Andler, Joseph Bendier, Hervi Bergson, Emile Boutroux, Ernest Denis, Jacques Hadamard, Gustave Lanson, Charles Seignobos y André Weis. Los diferentes textos que llegaron a editarse en tal colección aparecían, simultáneamente, en francés y en otras lenguas: prueba clara de que todos estos escritos formaban parte, sobre todo, de esa lucha ideológica a que me he referido.

La versión castellana que ahora se reproduce es debida a P. Salinas. La edición fue realizada por la Librairie Armand Colin, en 1915.

Luis RODRÍGUEZ ZÚÑIGA